

una instancia urgente de nuestro tiempo que nadie puede ignorar. La *nueva religiosidad* y la ecología tienen mucho en común: llevar al hombre a tomar conciencia de su unidad con la naturaleza que lo rodea: la inspiración y la espiración, el comer y el beber, la digestión y la evacuación, la sensibilidad de la piel: todo lo une con la naturaleza. Y si miramos más a fondo, si consideramos la vista, el olfato, el oído, el tacto en su valor humano, descubrimos que también el equilibrio emocional y espiritual del hombre está condicionado por la «naturaleza».¹²

Un santuario de esta tendencia es Findhorn, en Escocia. Cuando comenzaron en Findhorn, en 1962, no se hablaba todavía de Tchernobyl, ni del agujero de la capa de ozono, ni de la muerte de los bosques por la lluvia ácida. Con la ayuda de la meditación y de oraciones colectivas alrededor de los campos, utilizando las fuerzas espirituales y la energía personal lograron coles gigantescas (20 Kg.) y rosas en las nieves del enero de Escocia.

¿Que fascina en Findhorn? El tiempo de hacer crecer legumbres ya ha pasado. El lema es: «Ya no vamos a cultivar en primera línea verduras, sino hombres.» Por consiguiente deben crecer allí personas con una nueva actitud hacia la naturaleza, hacia el prójimo y hacia el mundo entero. Personas que ponen de relieve nuestra condición de siervos en la creación, más que nuestra condición de señores, nuestra condición de administradores más que nuestro dominio.

Feminismo

El movimiento feminista tiene una de sus raíces en estos conocimientos de los años veinte y en la voluntad de lograr una armonía. No se trata en primer lugar de la igualdad social de la mujer, sino del descubrimiento de la fuerza de lo femenino como magnitud polar, que no sólo se opone a lo masculino, sino que actúa en él y con él. El «matriarcado» de Bachofen (aparecido ya en 1861), la extensión de los clásicos chinos con la doctrina del yin-yang han tenido un influjo considerable y las religiones orientales fueron recibidas preferentemente bajo este punto de vista de los aspectos descuidados en la cultura occidental. La Nueva Era está del todo en esta tradición.

Cuestionan el concepto tradicional de poder, que siempre significa «poder sobre», a costa de otro. Es el poder tal como se define y se ejerce en el patriarcado. Su base es la violencia. Poder en este sentido existe sólo donde otro está sin poder. Las condiciones jerárquicas del poder son el fundamento del patriarcado. Domina toda la historia humana.

Especialmente las feministas americanas se esfuerzan por el desarrollo de un nuevo concepto de poder. Lo llaman «poder de ser», «poder de dentro». Quieren decir el poder de la personalidad, que no necesita ningún aparato de poder, ningún poder externo, que no quiere ejercer poder *sobre* otros.

¹² O.c, 120-122

Al pensamiento de la Nueva Era pertenece que una escala de valores que anteriormente se consideraban como típicamente femeninos, recibe una nueva valoración: el cuidar, mantener la vida, lo suave (la tecnología suave), lo humilde (el hombre ya no es dueño y señor de la naturaleza sino siervo, administrador), el pensar en totalidad. Los varones de la Nueva Era son varones suaves. Son casi del todo feministas.

* * *

La Nueva Era lanza un reto al cristianismo en su propio terreno —el espiritual y religioso—, al presentarse como la «nueva religiosidad» que realiza la eterna aspiración del hombre: la de ser dios. Plantea a la Iglesia dos grandes exigencias: una nueva evangelización, que muestre cómo la fe cristiana está en grado de responder hoy a los problemas humanos más reales y profundos y una renovación de la espiritualidad cristiana, que sitúe su punto de apoyo en la experiencia que se hace de Dios en la oración y en la contemplación.¹³

¹³ Il «New Age». *Una nuova sfida per il cristianismo*, Editorial de «La Civiltà Cattolica», 142 (1991/IV) 541-552. Resumido en *Selecciones de Teología* 126 (1993) 146

Eucaristía y Pastoral Juvenil

José-Román Flecha Andrés

La juventud y la Eucaristía. Dos «misterios» de vida —entendida la expresión en sentido analógico— que deberían ir siempre unidos en la práctica pastoral de la Iglesia. Sobre todo por lo que ambos, aunque de forma diferente, representan de promesa de vida y de entrega generosa.

Es cierto que no siempre se encuentran tan vinculados en la realidad, pero siempre hay que amoldarse a la realidad y sus apariencias. Casi siempre hay que forzar a la realidad, ayudándola levemente para que ella misma se oriente hacia la luz y la vida.

Sobre esta etapa de la existencia humana y sobre este sacramento de la fe pretenden detenerse brevemente estas reflexiones. A partir de una leve constatación de la experiencia, se evoca el mensaje bíblico-teológico sobre la Eucaristía para ofrecer finalmente unas humildes y provisionales sugerencias pastorales.

1.- MIRANDO A NUESTRO ENTORNO

Es cierto que en el seno de los movimientos cristianos más dinámicos y comprometidos, la Eucaristía ha sido descubierta por los jóvenes como el manantial de su vida cristiana y el sacramento de su propia entrega —como la de Jesús el Señor— por la vida del mundo. Pero, por otra parte, la apariencia que nos ofrece la experiencia diaria es que, en la mayor parte de las comunidades parroquiales, los jóvenes se han desinteresado por la participación de la Eucaristía. Veamos algunos datos, antes de preguntarnos por sus causas y consecuencias.

1.1.- Los datos estadísticos

Ya en 1983 se podría constatar que la Asistencia a Misa dominical era más frecuente entre los niños y los mayores de 50 años y minoritaria en el grupo de 21 a 34 años.¹⁴

En los años siguientes, la proporción de practicantes declarados ha ido evolucionando: 44 % en 1985, 42% en 1986, 42 % en 1987 y 41% en 1990. El estudio *Jóvenes españoles 89* daba como resultado que la juventud de Andalucía aparecía como la más practicante, seguida de la de Castilla-León, en tanto que la de Cataluña, con un 5 % de asistentes a la Eucaristía dominical, era la de práctica religiosa más débil, seguida por Madrid con un 17%, la Comunidad Valenciana y el País Vasco, ambas con un 20 %.

En el estudio *Religión y Sociedad en la España de los 90*, la comunidad autónoma más practicante, entre los que se declaran católicos, es la de Castilla-León (45 % de asistentes a la Eucaristía dominical) seguida por el País Vasco (35,4) y Madrid (26,6).

Entre los adultos, las razones de la ausencia de la Eucaristía suelen ser sociales (las circunstancias de la vida, es decir, el entorno) o eclesiales (desconfianza hacia la Iglesia, o su mensaje moral, o bien hacia el clero, en general o hacia un sacerdote concreto). Pero en los jóvenes parece ser más determinante la influencia de las razones religiosas. Sobre todo, habría que señalar la *falta de interés* lo cual puede ya constituir un indicio de fallos en la socialización religiosa.¹⁵ Incluso entre los que asisten a la Eucaristía es especialmente significativo que sean precisamente los jóvenes los que suelen afirmar que tal asistencia no tiene influencia alguna en su vida profana (51,8 % en el grupo de 19 a 21 años, y 49,2 % en el de 22 a 25). A ellos se unen en tal afirmación los que poseen un nivel intermedio de estudios, el secundario, y los que se adscriben a grupos de izquierda.

1.2.- Las causas

Estas mismas encuestas se atreven ya a apuntar hacia algunas causas, como puede ser la ya mencionada deficiencia en la socialización religiosa.¹⁶ A su vez, este fenómeno puede deberse tanto a la influencia de la familia que ha dejado de transmitir la totalidad de los contenidos de la fe, entre los cuales están los signos celebrativos, como la misma catequesis eclesial. Durante algún tiempo, en efecto, ésta ha privilegiado contenidos de tipo moral, aunque por otra parte bastante poco enraizados en la experiencia del seguimiento de Jesucristo y en la pertenencia a la comunidad eclesial.

¹⁴ F. AZCONA. «La práctica religiosa ayer y hoy», en *Análisis del Catolicismo español*, Madrid, Instituto de Sociología Aplicada 1985, 37-39.

¹⁵ P. GONZÁLEZ BLASCO - J. GONZÁLEZ-ANLEO, *Religión y sociedad en la España de los 90*, Madrid, SM 1992, 68-69.

¹⁶ J. R. FLECHA, «Lectura creyente de la realidad juvenil» en *Corintios XIII*, 34 (1985) 47-69.

Pero se podrían considerar también otras razones, más vinculadas unas a su misma etapa juvenil y más unidas otras a la época actual en que transcurre.

Por lo que se refiere a lo primero, es preciso tener en cuenta que el joven vive de cara a la acción. Y posiblemente nadie le ha ayudado a descubrir el valor dinámico y constructor de la contemplación. El joven está enamorado de la libertad, y con frecuencia la participación en la Eucaristía le ha sido impuesta más como el ejercicio de una obligación que como la necesidad antropológica de celebrar una vivencia y como el gozo creyente de evocar el misterio de Cristo y encontrarse con el misterio de la comunidad eclesial. Ocurre, además, que la cultura de los medios de comunicación, atenta a la variedad del mensaje, ha creado una sensibilidad especial que aborrece los esquemas reiterativos de la celebración. Piénsese, además, en la escasa importancia que para esa misma sensibilidad de los jóvenes tienen también una homilía, con frecuencia insignificante y poco lanzada a la dimensión profética del que anuncia una buena noticia y denuncia los antivalores de la sociedad y de las humanas opciones.

Por lo que se refiere a lo segundo —es decir a las connotaciones de la actualidad—, posiblemente ha tenido también una gran influencia la mayor vinculación y dependencia mimética de los jóvenes respecto a grupos sociales que minimizan la adhesión religiosa. En este capítulo cabe mencionar también la propaganda antirreligiosa y la abundancia de mensajes que parecía colocar el sentido de la vida en otras actividades, políticas, culturales o deportivas.

Y finalmente, había tal vez que pensar en la cultura de este tiempo, que ha sido definido por Lipovetsky como *La era del vacío*. Un momento cultural que privilegia la inmediatez sensorial y reduce todas las experiencias a la levedad de lo ligero (light) y a la transitoriedad del descompromiso.¹⁷

Ocurre, por tanto, que con excesiva frecuencia la Eucaristía es considerada por los jóvenes como una celebración destinada a los niños o a las personas mayores.

Los jóvenes asisten cuando son protagonistas, imponiendo entonces a toda la comunidad un estilo, difícilmente compatible por los demás. Los cantos son entonces románticos, sentimentales y raramente vinculados a las más profundas experiencias del mensaje de la Salvación. Se prima lo estético sobre lo ético y esto sobre lo religioso.

Es cierto que los jóvenes asisten también a la Eucaristía cuando han de despedir a un compañero muerto en accidente, acontecimiento que por desgracia ocurre con frecuencia, pero la enorme carga sentimental de la ocasión raramente influye en el resto de su existencia humana y creyente.

Algo semejante ocurre con las bien cuidadas ceremonias con motivo de la celebración del sacramento de la Confirmación. El joven que «confirma» su fe, raras

¹⁷ G. LIPOVTSKY, *La era del vacío*, Barcelona 1986.

veces entiende que con ello confirma también su decisión de participar en la celebración Eucarística de la misma fe.

Es cierto que esta visión no agota la complejidad del panorama. Como se ha dicho, son muchos los jóvenes vinculados a movimientos religiosos que han descubierto la riqueza de la celebración Eucarística. Había que recordar, a modo de ejemplo cómo hasta jóvenes no católicos y aun no cristianos han valorado la adoración Eucarística en el marco de sus viajes a Taizé.

Todo hace pensar que ha habido una preocupante falta de transmisión de la vivencia eucarística y que, aquí como en otras experiencias vitales y religiosas, se ha producido un enorme bache generacional.

2.- UN MENSAJE DE VIDA

Y, sin embargo, si bien se mira, pocos capítulos del mensaje cristiano habrían de ser tan cercanos a la experiencia del joven como el que para los cristianos encierra el misterio de la Eucaristía, tanto en su referencia bíblica, como en su rico contenido teológico.

2.1.- Mensaje bíblico

Al pensar en las evocaciones bíblicas del misterio de la Eucaristía, no puedo menos de pensar en dos episodios en los que los jóvenes son protagonistas. Uno nos los encontramos en los evangelios y el otro en el libro de los Hechos de los Apóstoles.

2.1.1.- El primero nos lleva al ministerio de Jesús. Es primavera. La multitud ha estado escuchando al maestro y, al llegar la tarde, no hacen ademán de querer volver a sus casas. Los discípulos ruegan a Jesús que se despidiera de las gentes y él les sugiere que ellos den de comer a la muchedumbre. Por un momento vemos a los discípulos echando cuentas sobre los costes de una comida para tanta gente. De pronto, Andrés, el hermano de Pedro se atreve a decir tímidamente, o tal vez con una mueca de simpatía: «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tantos?» (Jn 6, 9).

De las cinco veces que se narra este episodio, que a la luz del discurso posterior sugiere una indudable lectura eucarística,¹⁸ solamente el Evangelio de Juan ha subrayado la presencia de un joven. El texto remite a las historias de Eliseo (2 Re 4, 42).¹⁹ En una aplicación espiritual, se podría decir que su ingenuidad y generosidad ha hecho posible la realización del signo. Un signo que motiva el discurso sobre el pan de vida y

¹⁸ X. LÉON-DUFOUR, *La fracción del pan. Culto y existencia en el Nuevo Testamento*, Madrid 1983, 323.

¹⁹ R. E. BROWN, *The Gospel According to John I*, Garden City 1966, 246.

parece anticipar el milagro cotidiano de la celebración de la Eucaristía, en la que los creyentes forman parte del templo del Señor y del Cuerpo de Cristo.²⁰

2.1.2.- Una celebración que bien pronto se hizo habitual en la joven comunidad cristiana. Con la frescura del lenguaje de un testigo presencial, el libro de los Hechos de los Apóstoles nos da cuenta de una de esas primeras celebraciones. Era en Tróada, el primer día de la semana y los hermanos estaban reunidos para la «fracción del pan». «Pablo, que pensaba marchar al día siguiente, conversaba con ellos y alargó la charla hasta la media noche». Había abundantes lámparas. Un joven, llamado Eutico, estaba sentado en el borde de la ventana; un profundo sueño le iba dominando a medida que Pablo alargaba su discurso. Vencido por el sueño se cayó desde el tercer piso. Pablo lo devolvió a la vida con un gesto que recuerda los de los profetas Elías y Eliseo. Luego subió, partió el pan y comió. Y continuó el encuentro fraterno hasta el amanecer (Hech 20, 7-12).

De nuevo, un joven. Participa en la Eucaristía, pero se cansa y se duerme. Es ciertamente un dato sobre el poder profético de Pablo, comparado también él con los profetas Elías (1 Re 17, 21-22) y Eliseo (2 Re 4, 34-35)²¹. Pero parece un aviso para nuestra pastoral en la Iglesia. De todas formas, no deja de ser significativo que, en el marco de la celebración Eucarística, el joven recobre la vida y se convierta en fuente de consuelo para toda la pequeña comunidad. Aquel misterio había de ser la fuente y culminación de la vida de Iglesia entera.

2.2.- Reflexión teológica

Así lo ha expresado la fe de los cristianos, sobre todo en la misma celebración. La norma de lo que creemos, se evidencia en efecto en el modo en que celebramos. Y nuestra celebración de la Eucaristía ha concitado durante los siglos la mejor reflexión teológica,²² pero también la más bella creatividad literaria y artística.²³

2.2.1.- Nuestra misma celebración.

Cuando se instituyó la fiesta del Corpus para dar realce a la celebración de la Eucaristía, Tomás de Aquino compuso una maravillosa antifona que resume lo más granado de nuestra fe en este misterio:

²⁰ F. F. RAMOS, «La Eucaristía, templo de la humanidad nueva» en A. GALINDO-J. LÓPEZ (eds.), *Eucaristía y evangelización hoy*, Salamanca 1994, 19-39.

²¹ J. MUNCK, *The Acts of the Apostles*, Garden City 1967, 200.

²² M. GESTEIRA, «Corrientes teológicas y ecuménicas actuales en la teología eucarística», en *Eucaristía y evangelización, hoy*, 63-90.

²³ A. VILAPLANA, «La Eucaristía en el arte», en *Eucaristía y Evangelización hoy*, 195-204.

«Oh sagrado misterio, en el que se recibe a Cristo, se recuerda la memoria de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la futura gloria».²⁴

Una triple mirada al tiempo y a la historia. El pasado, el futuro y el presente.

a.- *Memorial de la Pascua del Señor*. Eso es la Eucaristía. En ella «anunciamos su muerte y proclamamos su resurrección». Cada Eucaristía nos trae la memoria de la vida de Jesús, de los valores por los que vivió y de los ideales por los que el Justo fue injustamente ajusticiado. Por eso la Eucaristía es incómoda y subversiva a los ojos de los injustos. Es como el grito de los sublevados que no se resignan a dejar en el olvido las hazañas y la figura de su héroe.

b.- *Anuncio del mundo futuro*. Los hombres y las ideologías salen a la plaza pública ofreciendo utopías y promesas de futuro. También los cristianos tienen una esperanza y una promesa: la de un cielo nuevo y una tierra nueva, en los que habite la justicia (2 Pe 3, 13). Un futuro de libertad, de igualdad y de fraternidad, por decirlo con las palabras más cristianas, aunque hayan sido usurpadas por una y otra revolución. Y eso es también la Eucaristía: la anticipación y representación de ese futuro de mesas abiertas y panes compartidos que un amor afectivo y efectivo ha de hacer posible para todos los hombres y mujeres.

c.- *Y, en el presente, el signo de la entrega por los hermanos*. Jesús tomó el pan y dijo: «Tomad esto. Tomad mi vida que se entrega por vosotros». Al celebrar la Eucaristía presenciamos aquel gesto. Y todos los miembros de la comunidad cristiana se dicen unos a otros: «Tomad mi existencia toda que se os ofrece como pan para vuestras hambres, como vino para vuestros desalientos». El peligro del signo es que no signifique lo que dice. Esa es su tragedia. Y ése su desafío.²⁵

2.2.2.- Nuestra catequesis.

Y si esto afirma y proclama la misma celebración, no es otro el discurso que a lo largo de los siglos va repitiendo la catequesis cristiana, cualquiera que sea el nivel y grado de su actuación. He aquí cómo lo resume el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

«Nuestro Salvador, en la última cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre para perpetuarlos por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura»²⁶.

²⁴ CONCILIO VATICANO II, SC 43, recogido en el Catecismo de la Iglesia Católica 1323, Cfr. A. CAPRIOLI, «L'Eucaristia al centro della comunità». Rilettura della *Sacrosanctum Concilium*, en *Ambrosius* 67 (1991) 574-584, así como el comentario de D. SARTORE, «Il sacramento dell'Eucaristia», en R. FISICHELLA (ed.) *Catechismo della Chiesa Cattolica*, Casale Monferrato 1993, 880-889.

²⁵ J. LÓPEZ MARTÍN, «La celebración actual de la Eucaristía», en *Eucaristía y evangelización hoy*, 91-98.

²⁶ SC 47, recogido también por el Catecismo de la Iglesia Católica, 1323.

En ese mismo párrafo se recoge, además, un juego de pensamientos de San Agustín que trasciende la mera ingeniosidad de un juego de palabras: la Eucaristía es sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad.

a.— *Sacramento de piedad*, que nos lleva a descubrir la grandeza del amor de Dios, la definitividad de la entrega de Jesús, la sencilla majestad de quien aprende los caminos de la adoración al absoluto.

b.— *Signo de unidad* que, como en las páginas de la *Didajé*, nos recuerda que los granos de trigo ayer dispersos por los campos hoy forman un único pan para significar un solo proyecto de vida y de misión en la Iglesia de Jesucristo.²⁷

c.— *Vínculo de caridad*, porque no se puede recordar al que se entregó por amor a sus amigos, sin hacer propio aquel gesto de lavar los pies y de entregarse como alimento para las hambres de los hombres.²⁸

3.- UNA TAREA ECLESIAL

Todo esto lo sabemos bien, y deberían saberlo nuestros jóvenes. Esta es nuestra fe. Esa es la fuente de nuestra esperanza. Y ese es el motivo para un amor que se entrega a los pequeños y los marginados.

Pero, a veces, damos por sabidas las cosas que quisiéramos ver practicadas. Nunca nos repetiremos demasiado estas vivencias fontanales de nuestra experiencia cristiana. Por eso necesitamos una catequesis continua y profunda, una celebración significativa y una vivencia coherente con lo profesado y celebrado.

3.1.- Una catequesis continua

En éste, como en tantos otros campos de la vida creyente, nuestra catequesis se nos queda a veces reducida a los rudimentos aprendidos en la infancia. Crecemos en conocimientos científico-técnicos, pero no crecemos en el acercamiento a los misterios de la fe. Una buena catequesis habría de subrayar, al menos tres convicciones básicas:

3.1.1.- La Eucaristía acrecienta nuestra unión con Cristo. Él vive, glorioso y resucitado en nosotros. Pero, a cambio, nuestra vida está injertada en la suya. Al cristiano no le basta con proclamar a Jesús como un buen amigo, como un profeta o sabio admirable, como un héroe revolucionario e incomprensido. Jesús es el Señor y Salvador de la humana peripeia. Y nuestra salvación está en su seguimiento. En la

²⁷ *Didaché*, IX, 4 : ed. J.J. AYAN CALVO, Madrid 1992, 98.

²⁸ Son bastantes los que suponen que con el relato del lavatorio de los pies, Jn trata de establecer una relación con la Eucaristía y un memorial del «amor extremado de Jesús, que se entregó a la muerte para hacernos partícipes de su vida» (cf. Jn 13, 8b): R. SCHACKENBURG, *El evangelio según S. Juan*, III, Barcelona 1980, 75.

identificación con su vida y su destino. La Eucaristía proclama y realiza esa sintonía e identificación con su mensaje y su vida.

3.1.2.- La Eucaristía nos une a toda la familia eclesial. Alimentados por el mismo pan y por la misma fe, formamos una sola familia de hermanos. Nos duelen las divisiones, las rupturas y los cismas a lo ancho de la gran Iglesia. Y nos duelen los pequeños sectarismos y corralitos que levantamos mientras nos alimentamos del mismo pan y bebemos de la misma copa de la fraternidad.²⁹

3.1.3.- La Eucaristía entraña un compromiso en favor de los pobres. Sin justicia no hay Eucaristía. Pablo hubo de recordárselo vibrantemente a los cristianos de Corinto que aprovechaban los ágapes para presumir de sus riquezas y humillar a los pobres que tan sólo podían traer pobres alimentos (1 Cor 11, 17-22). Aquel escándalo le da pie precisamente para recordar la institución de la Cena del Señor (1 Cor 11, 23-26).³⁰ A la luz de aquella experiencia, los cristianos han aprendido que no hay Eucaristía verdadera si se olvida el lamento de los hambrientos y sedientos, los encarcelados y los refugiados, los llegados de otra autonomía, los obligados a vivir en el paro y en la droga. Recientemente lo han dicho los antiguos Padres de la Iglesia:

«Has gustado la sangre del Señor y no reconoces a tu hermano. Deshonras esta mesa, no juzgando digno de compartir tu alimento con el que ha sido juzgado digno de participar en esta mesa. Dios te ha liberado de todos los pecados y te ha invitado a ella. Y tú, aun así, no te has hecho más misericordioso».³¹

3.2.- Una celebración significativa

Pero no basta con saber estas cosas. ¿No habrá que preguntarnos si sabemos qué es celebrar y qué es lo que celebramos? ¿No habrá que recuperar, sobre todo, el sentido de la celebración del «día del Señor»?³² Es preciso celebrar estos misterios de una forma adecuada. De forma que el signo signifique lo significado.

3.2.1.- En primer lugar en la misma celebración de la Misa. Nuestras prisas nos denuncian. Nuestro individualismo nos denuncia. Nuestro ritualismo, nuestra impuntualidad, nuestra falta de preparación, nuestros silencios, nuestra escasa participación, nuestra tacañería a la hora de compartir nuestros bienes, nuestras resistencias a participar en el banquete. Nuestros preciosismos hacen que nuestra

²⁹ J. RAMOS GUERREIRA, «Evangelización y Eucaristía para la misión de la Iglesia» en *Eucaristía y evangelización hoy*, 41-62, ID., «La Eucaristía: sacramento de unidad y mitos de la Iglesia», en *Eucaristía y evangelización*. Jornadas Nacionales de Liturgia 1992, Madrid 1993 103-129.

³⁰ W.F. ORR- J. A. WALTHER, 1 *Corinthians*, Garden City 1976, 268-275.

³¹ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. in 1 Cor 27*, 4: puede verse citado por el *Catecismo de la Iglesia Católica* 1397; cf. L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, «Eucaristía y solidaridad», en *Eucaristía y Evangelización hoy*, 205-224.

³² J.R. FLECHA, «Santificación del domingo y de las fiestas», en J. M. CANALS (ed.) *El domingo, fiesta primordial de los cristianos*, Madrid 1992, 99-120.